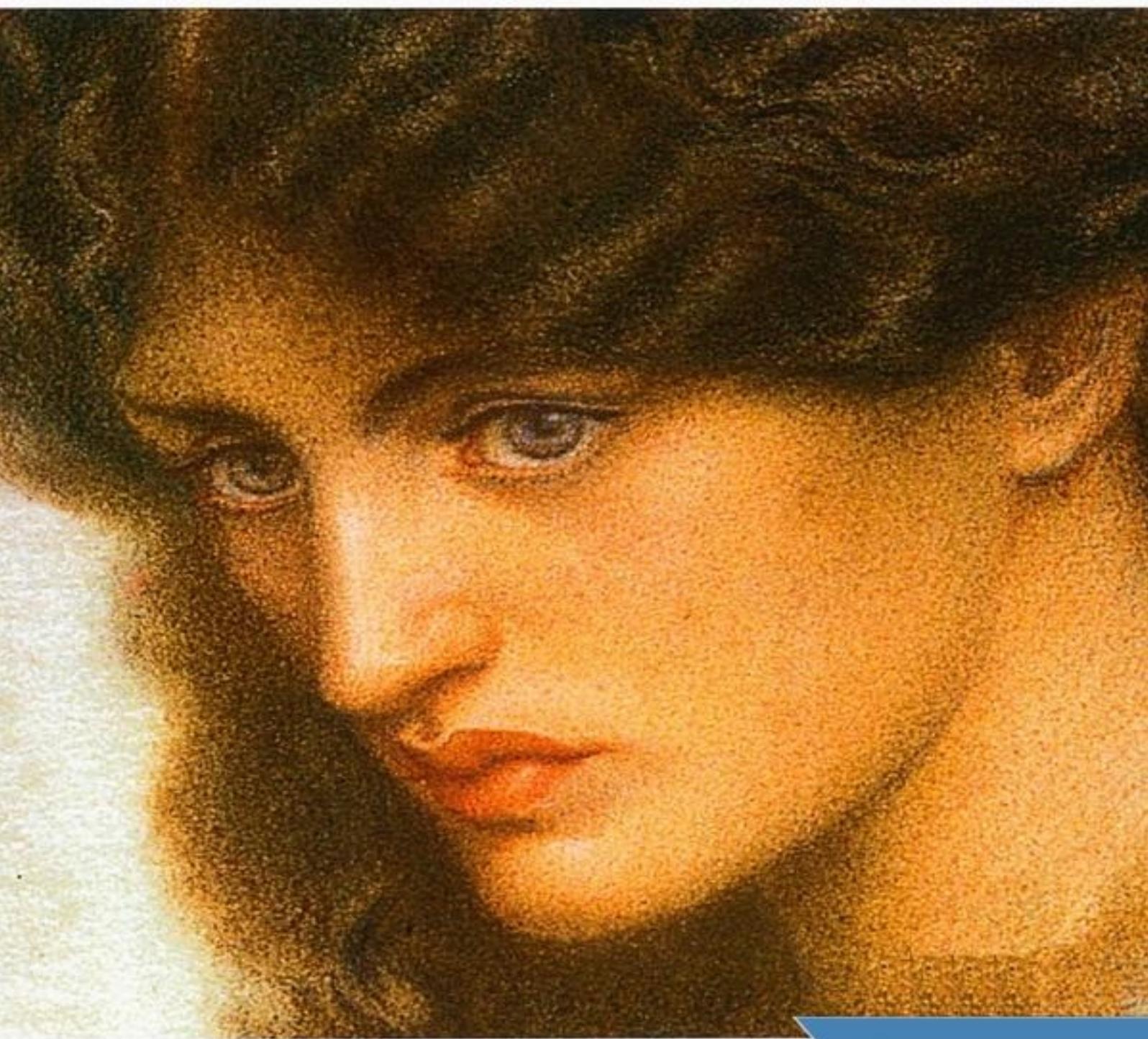


Nerval

Sylvie



Lectulandia

Sylvie es la primera nouvelle de *Les filles du feu* y hay quien afirma que es la obra cumbre de Nerval.

Lectulandia

Gérard de Nerval

Sylvie

ePub r1.0

Blok 16.12.14

Título original: *Sylvie*
Gérard de Nerval, 1852

Editor digital: Blok
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



I

NOCHE PERDIDA

Salía de un teatro por cuyos palcos aparecía todas las noches adecuadamente vestido para el galanteo. A veces estaba lleno; otras, vacío. Igual me daba detener la mirada en un patio de butacas sólo poblado por una treintena de voluntariosos aficionados, o en los palcos adornados con sombreros y atavíos anticuados, que formar parte de una sala animada y concurrida, coronada por los floreados tocados, las joyas relucientes y los rostros radiantes que abarrotaban todos sus pisos. Indiferente al espectáculo de la sala, el del escenario apenas lograba retener mi atención excepto cuando, en la segunda o tercera escena de una desabrida obra maestra del momento, una aparición más que conocida iluminaba el espacio vacío y, con un soplo y una palabra, devolvía la vida a los inanimados rostros que me rodeaban.

Me sentía vivir en ella, y ella vivía sólo para mí. Su sonrisa me llenaba de una beatitud infinita; la ondulación de su voz, tan dulce y, sin embargo, tan firmemente timbrada, me hacía vibrar de alegría y de amor. Poseía, a mi juicio, todas las perfecciones; satisfacía toda mi capacidad de entusiasmo: hermosa como el día a la luz de las candilejas que la iluminaban desde abajo; pálida como la noche cuando los focos perdían intensidad y quedaba iluminada desde lo alto por los rayos de la araña del techo y la mostraban más natural, resplandeciendo en la sombra merced a su propia belleza, como las divinas Horas que se recortan, con una estrella en la frente, sobre los fondos oscuros de los frescos de Herculano.

Transcurrido un año, no se me había ocurrido la idea de averiguar cómo era ella fuera del teatro; temía enturbiar el espejo mágico que me ofrecía su imagen, y a lo máximo que llegué fue a prestar oídos a algunos rumores referentes no a la actriz sino a la mujer. Y suscitaron en mí tan escaso interés como las habladurías que hubieran podido circular respecto a la princesa de Elida o a la reina de Tresibonda. Uno de mis tíos, que vivió durante los penúltimos años del siglo XVIII, llevando el tipo de vida apropiado para conocer a fondo aquellos tiempos, pronto me previno de que las actrices no eran mujeres y de que la naturaleza había olvidado darles un corazón. Se refería, sin duda, a las de su época; pero me contó tantas historias acerca de sus ilusiones y de sus decepciones, y me mostró tantos retratos en marfil, graciosos medallones que utilizó más tarde para adornar tabaqueras, tantas cartas de amor amarillentas, tantas cintas ajadas, cuyas historias y desenlaces me refería, que me habitué a malpensar de todas sin tener en cuenta los cambios producidos por el paso del tiempo.

Por aquel entonces vivíamos una época extraña, como las que suelen suceder a las revoluciones o a los ocasos de los grandes reinados. No existía ya la galantería

heroica de los tiempos de la Fronda, ni el vicio elegante y atildado de la Regencia, ni el escepticismo y las locas orgías del Directorio; había una mezcla de actividad, de duda y de desgana, de brillantes utopías, de aspiraciones filosóficas o religiosas, de vagos entusiasmos, ligados a ciertos impulsos de renovación; de aburrimiento por las discordias del pasado, de esperanzas inciertas; algo parecido al espíritu de la época de Peregrino y Apuleyo. El hombre material aspiraba al ramo de rosas que, de manos de la hermosa Isis, debía regenerarlo; la diosa eternamente joven y pura se nos aparecía por las noches y nos hacía sentir vergüenza por nuestras horas perdidas durante el día. Sin embargo, la ambición resultaba impropia de nuestra edad, y la ávida caza de honores y posiciones que por aquel entonces se solía practicar nos mantenía alejados de las posibles esferas de actuación. Como único asilo sólo nos quedaba la torre de marfil propia de los poetas, a la que subíamos cada vez más alto para aislarnos de la muchedumbre. Allí, en los elevados ámbitos a los que nos guiaban nuestros maestros, respirábamos por fin el aire puro de las soledades, bebíamos el olvido en la copa de oro de las leyendas, nos embriagábamos de poesía y de amor. ¡Amor, ay! ¡Formas vagas, tonalidades rosas y azules, fantasmas metafísicos! Vista de cerca, la mujer real era motivo de indignación para nuestra ingenuidad; debía aparecérsenos como reina o como diosa, y, sobre todo, debíamos evitar su proximidad.

Sin embargo, algunos de nosotros tenían en poca estima aquellas paradojas platónicas, y a través de nuestros renovados sueños de Alejandría enarbolaban la antorcha de los dioses subterráneos que, por un instante, iluminaba la oscuridad con su estela de pavesas. Así era como, al salir del teatro, sumido en la amarga tristeza que los sueños nos dejan al desvanecerse, iba con agrado a reunirme con los habituales de un círculo donde se cenaba en numerosa compañía y toda melancolía cedía ante la inagotable inspiración de algunos espíritus brillantes, vivaces, tempestuosos, a veces sublimes, como siempre han existido en épocas de renovación o de decadencia, y cuyas discusiones llegaban a tal extremo que los más tímidos de nosotros se dirigían de vez en cuando a la ventana para ver si los hunos, los turcomanos o los cosacos llegaban por fin para acabar de una vez por todas con los argumentos de retóricos y de sofistas.

«¡Bebamos, amemos! ¡Esto es la sabiduría!» Tal era el lema de los más jóvenes. Uno de ellos me dijo:

—Hace mucho tiempo que frecuento el mismo teatro. Cada vez que voy, te encuentro. ¿Por cuál vas tú?

¿Por cuál?... No concebía que se pudiera ir por otra. Sin embargo confesé un nombre.

—¡Pues, bien! —repuso mi amigo, indulgente—. Mira, ahí tienes al feliz mortal que acaba de acompañarla y que, fiel a las reglas de nuestro círculo, no se reunirá con ella hasta el amanecer.

Sin demasiada emoción, volví la mirada hacia el personaje indicado. Se trataba de un joven correctamente vestido, de rostro pálido y nervioso, de distinguidos modales,

y cuyos ojos aparecían impregnados de dulzura y de melancolía. Arrojava el oro sobre una mesa de whist y lo perdía con indiferencia.

—¿Qué me importa que sea él o cualquier otro? —dije—. Alguien tenía que haber, y éste me parece digno de haber sido elegido.

—¿Y tú?

—¿Yo? Es una imagen lo que persigo, nada más.

Al salir, pasé por el salón de lectura y, maquinalmente, hojeé un periódico. Creo que lo hice para enterarme de las cotizaciones de la bolsa. Entre los restos de mi opulencia, poseía una considerable cantidad en títulos extranjeros. Corría el rumor de que, menospreciados durante mucho tiempo, su valor iría en aumento. Pronóstico que acababa de cumplirse debido a las repercusiones de un cambio ministerial. Los fondos ya habían alcanzado una cotización muy alta; volvía a ser rico.

Aquel cambio de posición me inspiró un solo pensamiento: la mujer a la que amaba desde hacía tiempo sería mía si así lo deseaba. Podía alcanzar lo imposible. ¿No se trataría de una ilusión, de una errata burlona? Los otros periódicos decían lo mismo. La suma ganada se alzaba ante mí como la estatua de oro de Moloch. «¿Qué diría ahora —pensé— el joven de hace un momento si fuera a ocupar su sitio junto a la mujer que ha dejado sola?»... Me estremecí ante tal pensamiento, y mi orgullo se rebeló.

¡No! ¡Así, no! A mi edad, el amor no se mata con el oro: no seré un corruptor. Por otra parte, se trata de una idea anticuada. ¿Quién me asegura que sea una mujer venal? Mi mirada, poco atenta, seguía recorriendo el periódico que tenía aún entre las manos, y leí estas dos líneas: «Fiesta del ramo provincial. Mañana, los arqueros de Senlis entregarán el ramo de flores a los de Loisy». Estas palabras, tan simples, despertaron en mí una nueva serie de impresiones: era un recuerdo de mi tierra, olvidada durante mucho tiempo, un eco lejano de las ingenuas fiestas de la juventud. El cuerno y el tambor sonaban a lo lejos, por bosques y aldeas; las jóvenes trenzaban guirnaldas y, mientras cantaban, arreglaban ramos de flores adornados con cintas. A su paso, un pesado carro tirado por bueyes recibía dichos presentes, y nosotros, los niños de la comarca, formábamos el cortejo con nuestros arcos y flechas, atribuyéndonos el título de caballeros sin saber que no hacíamos sino repetir, a través del tiempo, una fiesta druida que había sobrevivido a las monarquías y a las nuevas religiones.

II

ADRIENNE

Me acosté en la cama, pero no logré hallar descanso. Sumido en una sensación de duermevela, mi juventud entera cruzaba por mis recuerdos. Este estado, en el que el espíritu aún se resiste a las extravagantes combinaciones del sueño, permite con frecuencia ver desfilar en unos minutos las escenas más importantes de un largo período de la vida.

Veía un castillo de la época de Enrique IV con sus tejados puntiagudos cubiertos de pizarra y su fachada rojiza, con ángulos dentados de piedras amarillentas; una gran explanada verde enmarcada por olmos y tilos, cuyo follaje atravesaban los encendidos rayos del sol. En el césped, unas muchachas bailaban en corro y cantaban antiguos romances, transmitidos por sus madres, en un francés tan naturalmente puro que uno se sentía en verdad transportado a ese viejo país del Valois en el que, durante más de mil años, ha palpitado el corazón de Francia.

Era el único chico del corro que había llevado a mi compañera, Sylvie, muy joven aún, una niña de la vecina aldea, que exhalaba vivacidad y ternura, y tenía los ojos negros, un perfil regular y la piel ligeramente bronceada. Sólo la quería a ella, sólo tenía ojos para ella... ¡hasta aquel momento! Apenas me había fijado en una chica rubia, alta y hermosa, que formaba parte del corro en el que bailábamos y que se llamaba Adrienne. De repente, siguiendo las reglas de la danza, Adrienne se encontró a mi lado, quedándonos los dos, solos, en medio del círculo. Éramos de igual estatura. Pidieron que nos besáramos, y la danza y el corro giraban más vertiginosamente que nunca. Al besarla, no pude evitar estrecharle la mano. Los largos rizos de sus cabellos dorados rozaron mi mejilla. Desde aquel momento, una turbación desconocida se apoderó de mí. La hermosa muchacha tenía que cantar una canción para recobrar el derecho a reincorporarse al baile. Nos sentamos a su alrededor, y, acto seguido, con voz fresca y penetrante, ligeramente velada, característica de las muchachas de esta brumosa región, cantó uno de esos romances antiguos, llenos de melancolía y de amor, que suelen narrar los infortunios de una princesa encerrada en una torre por deseo de un padre que la castiga por sus amores. En cada estrofa, la melodía terminaba con esos trémulos que tan acertadamente acentúan las voces juveniles cuando, con modulado estremecimiento, imitan la voz temblorosa de las abuelas.

Mientras la joven cantaba, las sombras descendían de los árboles y el naciente claro de luna le daba de lleno, sólo a ella, aislándola de nuestro atento círculo. Calló, y nadie se atrevió a romper el silencio. El césped estaba cubierto de tenues vapores condensados que desplegaban sus blancas hilachas por los extremos de las hojas de hierba. Creíamos hallarnos en el paraíso. Por fin, me levanté y corrí hacia el parterre del castillo, donde crecían los laureles, plantados en macetones de porcelana con

camafeos pintados. Cogí dos ramas, que trenzamos en forma de corona, y atamos con una cinta. Luego, coloqué en la cabeza de Adrienne aquel adorno cuyas brillantes hojas resplandecían en sus cabellos rubios a la pálida luz de la luna. Parecía la Beatriz de Dante al sonreír al poeta, errante por el umbral de las santas moradas.

Adrienne se levantó. Alargando su esbelto talle, nos hizo una graciosa reverencia y regresó corriendo al castillo. Era, nos dijeron, la nieta de uno de los descendientes de una familia vinculada a los antiguos reyes de Francia; la sangre de los Valois corría por sus venas. Por ser día de fiesta, le habían permitido unirse a nuestros juegos; no volveríamos a verla, pues al día siguiente regresaba al convento en el que se hallaba interna.

Cuando volví junto a Sylvie, descubrí que lloraba. El motivo de sus lágrimas era la corona que mis manos habían entregado a la bella cantante. Le propuse ir a coger otra, pero rechazó mi ofrecimiento argumentando que no lo merecía. Quise disculparme, pero resultó inútil: mientras la acompañé a casa de sus padres no pronunció una sola palabra.

Obligado a regresar a París para reanudar mis estudios, me acompañó aquella doble imagen de una tierna amistad tristemente rota, más la de un amor imposible y vago, fuente de dolorosos pensamientos que la filosofía académica no pudo paliar.

La imagen de Adrienne, espejismo de belleza y de gloria, compartiendo las horas de estudio o endulzándolas, resultó vencedora. Durante las vacaciones del año siguiente, me enteré de que aquella apenas entrevista belleza había sido consagrada por su familia a la vida religiosa.



III

RESOLUCIÓN

Aquel recuerdo entresoñado encerraba la explicación de cuanto me sucedía. El amor vago y sin esperanza, inspirado por una actriz de teatro, que me embargaba por entero cada noche, a la hora de la representación, y que no me abandonaba hasta la del sueño, era fruto del recuerdo de Adrienne, flor nocturna abierta a la pálida luz de la luna, rosada y rubia quimera deslizándose por las hojas de hierba, verdes y semibañadas en blancos vapores. El parecido de un rostro olvidado desde hacía años se dibujaba ahora con singular nitidez; era un boceto a lápiz difuminado por el tiempo, que se convertía en una pintura, como esos viejos croquis de los maestros que admiramos en un museo determinado y cuyo deslumbrante original encontramos en otra parte.

¡Amar a una religiosa bajo la apariencia de una actriz!... ¿Y si fuera la misma? ¡Hay para volverse loco! Es una atadura fatal en la que lo desconocido me atrae como un fuego fatuo huyendo entre los juncos del agua estancada... Pero, volvamos a la realidad.

¿Por qué, durante los tres últimos años, he relegado al olvido a Sylvie, a quien tanto quería?... ¡Era una muchacha muy bonita, la más hermosa de Loisy!

Ella sí existe, es buena y, seguramente, posee un corazón puro. Vuelvo a ver su ventana en la que los pámpanos y el rosal se entrelazan, y la jaula de las currucas, colgada a la izquierda; oigo el ruido de sus sonoros bolillos y su canción favorita:

Estaba la hermosa sentada junto al arroyo que fluía...

Aún me espera... ¿Quién puede haberse casado con ella? ¡Es tan pobre! ¡Los bondadosos campesinos de su pueblo, y de los que lo rodean, vestidos con blusones, de manos rudas, de rostro enjuto y tez curtida! Ella sólo me quería a mí, el pequeño parisino, cuando iba yo cerca de Loisy a visitar a mi pobre tío, ya muerto. Llevo tres años viviendo a lo grande y derrochando la modesta herencia que me legó y que hubiera podido bastarme para vivir durante toda mi existencia. Con Sylvie la hubiera conservado. El azar me devuelve una parte. Aún estoy a tiempo.

¿Qué estará haciendo ella en este momento? Duerme... No, no duerme; hoy es la fiesta del arco, la única del año en la que se baila durante toda la noche. Está en la fiesta...

¿Qué hora es? No tenía reloj.

Entre los decorativos objetos de ocasión que, en aquella época, se solía reunir para lograr que un piso antiguo recobrara su genuina apariencia, sobresalía con renovado brillo uno de esos relojes de concha del Renacimiento cuya cúpula dorada, rematada por la estatuilla del Tiempo, está sostenida por las cariátides de estilo Médicis que, a su vez, se asientan sobre caballos medio encabritados. La clásica

Diana, acodada en su ciervo, figura en un bajorrelieve debajo de la esfera en la que, sobre un fondo niquelado, aparecen esmaltadas las cifras de las horas. Hacía dos siglos que su maquinaria, sin duda excelente, no se accionaba. Pero no fue precisamente para saber la hora por lo que compré aquel reloj en Turena.

Bajé a la portería. El cucú señalaba la una de la madrugada.

«En cuatro horas —me dije— puedo llegar al baile de Loisy».

En la plaza del Palais-Royal aún quedaban cinco o seis coches de punto estacionados para los habituales de los círculos y de los casinos de juego.

—A Loisy —ordené al de mejor aspecto.

—¿Loisy? ¿Dónde queda?

—Cerca de Senlis, a ocho millas.

—Iremos por el camino de la posta —dijo el cochero, menos preocupado que yo.

¡Qué triste es, por la noche, la ruta de Flandes, que no ofrece belleza alguna hasta llegar a la zona de los bosques! Siempre las dos hileras de árboles monótonos que simulan formas indefinidas; a lo lejos, extensiones de verdor y de tierra removida, limitadas a la izquierda por las azulosas colinas de Montmorency, de Ecoen y de Luzarches. Y Gonesse, la popular villa llena de recuerdos de la Liga y de la Fronda...

Más allá de Louvres hay un camino bordeado de manzanos cuyas flores he visto abrirse, muchas veces, por la noche, cual estrellas terrestres. Mientras el coche sube las pendientes, reconstruyamos los recuerdos de la época en que venía por aquí con tanta frecuencia.

IV

UN VIAJE A CITEREA

Habían transcurrido algunos años: la época en que conocí a Adrienne delante del castillo sólo era ya un recuerdo de infancia. Me hallaba de nuevo en Loisy, durante la celebración de la fiesta patronal. Y, de nuevo, iba a unirme a los caballeros del arco, ocupando un lugar en la compañía de la que ya había formado parte. Jóvenes pertenecientes a antiguas familias que aún poseen en el lugar varios de los castillos perdidos entre los bosques, y que han sufrido más daños por el paso del tiempo que por la acción de las revoluciones, habían organizado la fiesta. Procedentes de Chantilly, de Compiégne y de Senlis, acudían alegres cabalgatas que ocupaban su lugar en el rústico cortejo de las compañías del arco. Después del largo paseo a través de pueblos y aldeas, después de la misa en la iglesia, de las competiciones de destreza y de la distribución de premios, los vencedores fueron invitados a una comida ofrecida en una isla sombreada por álamos y por tilos, en medio de uno de los estanques alimentados por el Nonette y el Théve. Barcas empavesadas nos condujeron a la isla, cuya elección había determinado la existencia de un templo ovalado con columnas, que serviría de sala para el festín. Allí, como en Ermenonville, la región está sembrada de esos ligeros edificios propios de finales del siglo XVIII, en los que los filósofos acaudalados, siguiendo el gusto dominante de aquel entonces, se inspiraban para sus proyectos. Según creo, dicho templo estuvo primitivamente dedicado a Urania. Tres columnas habían cedido arrastrando en su caída una parte del arquitrabe; pero una vez limpio de escombros el interior de la sala, y suspendidas las guirnaldas entre las columnas, se remozó aquella ruina moderna, más acorde con el paganismo de Boufflers o de Chaulieu que con el de Horacio.

La travesía del lago parecía haber sido ideada para evocar el Voyage á Cythère de Watteau. Sólo nuestras modernas vestimentas desmentían dicha ilusión. Tras ser sacado de la carroza que lo transportaba, el enorme ramo de la fiesta fue depositado en una barcaza; el cortejo de muchachas vestidas de blanco que, según la costumbre, lo acompañaban se sentó en los bancos, y la graciosa teoría, renovada desde la antigüedad, se reflejaba en las tranquilas aguas del estanque que la separaban de la orilla de la isla, rojiza bajo el sol, con sus espinosos matorrales, su columnata y sus ligeros follajes. Las barcas tardaron poco en atracar. La canasta de flores, portada ceremoniosamente, ocupó el centro de la mesa, a la que cada cual se sentó, resultando más favorecidos quienes lo hicieron al lado de las jóvenes: para ello bastaba con conocer a sus padres. Ésa fue la causa por la que volví a encontrarme junto a Sylvie. Su hermano, que ya se me había acercado en la fiesta, me había reprochado no haber visitado a su familia desde hacía mucho tiempo. Me disculpé diciendo que mis

estudios me retenían en París, y le aseguré que había venido con esta intención.

—No, lo que ocurre es que se ha olvidado de mí —dijo Sylvie—. Somos pueblerinos, y París está tan por encima...

Deseé besarla para cerrarle la boca, pero seguía enfurruñada conmigo y fue necesario que su hermano interviniera para que me ofreciera la mejilla con gesto de indiferencia. Poca alegría me procuró aquel beso, favor que muchos otros podían obtener, pues en aquella región patriarcal en la que se saluda a cualquier persona que surja al paso, un beso es sólo muestra de cortesía entre gente de bien.

Los organizadores de la fiesta habían preparado una sorpresa. Al terminar la comida, vimos cómo un cisne salvaje, hasta aquel momento cautivo bajo las flores, levantaba el vuelo desde el interior de la enorme canasta, y vimos también cómo con sus potentes alas agitaba los trenzados de guirnaldas y de coronas, y las arrojaba, dispersas, por los aires. Mientras se lanzaba, feliz, hacia los últimos rayos del sol, intentábamos atrapar las coronas con las que, cada uno de nosotros, distinguía la frente de su vecina. Tuve la suerte de coger una de las más hermosas, y Sylvie, sonriente, esta vez se dejó besar más tiernamente que la anterior. Comprendí que, de este modo, borraba el recuerdo de otros tiempos. En aquel instante no compartía con nadie mi admiración. ¡Se había vuelto tan hermosa! Ya no era aquella niña de pueblo a la que había desdeñado por otra mayor y más familiarizada con los placeres mundanos. Había mejorado en todos los aspectos: el encanto de sus ojos negros, tan seductores desde que era niña, resultaba ahora irresistible; bajo la órbita arqueada de las cejas, su sonrisa iluminaba de repente los rasgos plácidos y regulares del rostro y tenía algo ateniense. Admiraba aquella fisonomía digna del arte antiguo, que destacaba entre las caritas poco agraciadas de sus compañeras. Sus manos delicadamente alargadas, sus brazos, que se habían tornado más blancos y redondeados, su talle desenvuelto, la convertían en otra persona muy distinta de la que había conocido. No pude evitar decirle cuán cambiada la encontraba, esperando reparar, así, mi antigua y fugaz infidelidad.

Por otra parte, todo me favorecía: la amistad de su hermano, el encantador efecto de la fiesta, la hora del atardecer e incluso el lugar donde, merced a un grato capricho, se había reproducido el decorado de las galantes solemnidades de antaño. En cuanto pudimos, escapamos de la danza para charlar de nuestros recuerdos de infancia y para contemplar, en un estado de mutua ensoñación, las tonalidades del cielo reflejadas en el bosque y en el agua. Fue preciso que el hermano de Sylvie nos arrancara de dicha contemplación diciéndonos que era hora de regresar a la aldea, bastante apartada, donde vivían sus padres.



V

LA ALDEA

La aldea era Loisy, y vivían en la antigua casa del guarda. Les llevé hasta allí y luego regresé a Montagny, donde me hospedaba en casa de mi tío. Al dejar el camino para atravesar el bosquecillo que separaba Loisy de Saint S., no tardé en internarme por una profunda senda que se extiende a lo largo del bosque de Ermenonville; esperaba encontrar enseguida los muros de un convento que debía seguir durante un cuarto de legua.

De vez en cuando, la luna se ocultaba tras las nubes, iluminando apenas los peñascos de arenisca y los brezos que se multiplicaban a mi paso. A derecha y a izquierda, linderos de bosques sin caminos señalizados, y, siempre ante mí, esos peñascos drúidicos de la región que guardan el recuerdo de los hijos de Armen exterminados por los romanos. Desde lo alto de esas sublimes moles, divisaba los lejanos estanques recortándose como espejos en la llanura brumosa, sin poder distinguir aquél en el que se había celebrado la fiesta.

El aire era tibio y estaba como aromatizado; decidí no aventurarme más lejos y esperar a que amaneciera, acostándome sobre unas matas de brezo. Al despertar, fui reconociendo poco a poco los puntos de referencia del lugar en el que me había perdido la noche anterior. A mi izquierda, vi dibujarse la larga línea formada por los muros del convento de Saint S., y luego, al otro lado del valle, la colina de Gens d'Armes, con las descuidadas ruinas de la antigua residencia carlovingia. Cerca, por encima de la espesura del bosque, las altas ruinas de la abadía de Thiers recortaban en el horizonte sus murallas con aberturas en forma de tréboles y de ojivas. Más allá, el palacio gótico de Pontarmé, rodeado de agua como en otros tiempos, pronto reflejó las primeras luces del día mientras, hacia el sur y por encima de las primeras laderas de Montméliant, veía alzarse el alto torreón de la Tournelle y las cuatro torres de Bertrand-Fosse.

Había pasado una noche muy grata, y sólo pensaba en Sylvie; sin embargo, al ver el convento me asaltó la idea de que quizá se tratara de la morada de Adrienne. El tañido matinal de las campanas, que sin duda me había despertado, aún resonaba en mis oídos. Por un instante, tuve la intención de echar un vistazo por encima de los muros, trepando hasta lo más alto del peñasco; pero, pensándolo detenidamente, me abstuve de hacerlo como si de una profanación se tratara. A medida que fue avanzando, la mañana ahuyentó de mi pensamiento aquel vano recuerdo y sólo dejó en mi mente los rosados rasgos de Sylvie.

«Vayamos a despertarla», me dije, y volví a emprender el camino de Loisy. La aldea aparece al final de la senda que bordea el bosque: veinte chozas de paredes festoneadas de parras y rosales trepadores. Las mañaneras hilanderas, tocadas con

pañuelos rojos, trabajan agrupadas delante de una granja. Sylvie no se halla entre ellas. Desde que se dedica a sus finos encajes es casi una damisela, mientras sus padres siguen siendo unos sencillos campesinos. Subí a su habitación sin que nadie se extrañara; levantada desde hacía ya rato, le daba a los bolillos de los encajes, que entrechocaban con un ruidillo suave sobre el cojín sostenido entre las rodillas.

—Hola, perezoso —dijo con su divina sonrisa—. Seguro que acaba de levantarse. Le conté que había pasado la noche sin dormir y mis extraviadas andanzas por bosques y roquedales. Me compadeció, pero sólo unos momentos. —Si no está cansado, le haré caminar aún más. Iremos a Othys, a visitar a mi tía.

Apenas tuve tiempo de responder cuando, de repente, se levantó alegremente, se arregló el pelo ante el espejo y se puso un sombrero rústico, de paja. La inocencia y la alegría brillaban en sus ojos. Nos pusimos en marcha, siguiendo la orilla del Théve, a través de los prados sembrados de margaritas y de ranúnculos, y después proseguimos a lo largo de los bosques de Saint Laurent, salvando a veces los arroyos y los matorrales para acortar el camino. Los mirlos cantaban en los árboles, y los paros huían alegremente de la maleza que rozábamos al pasar.

De vez en cuando, a nuestro paso encontrábamos las hierbadoncellas que tanto le gustaban a Rousseau y que abrían sus corolas azules entre las largas ramas de hojas emparejadas, modestas lianas que se enredaban a los furtivos pies de mi acompañante. Indiferente a los recuerdos del filósofo ginebrino, Sylvie buscaba fresas aromáticas, aquí y allá, y yo le hablaba de La Nouvelle Héloïse, algunos de cuyos fragmentos le recité de memoria.

—¿Es bonito? —preguntó.

—Es sublime.

—¿Mejor que Auguste Lafontaine?

—Es más tierno.

—Vaya —repuso—. Tendré que leerlo. Le diré a mi hermano que me lo traiga cuando vaya a Senlis.

Y, mientras Sylvie cogía fresas, seguí recitando fragmentos de la Héloïse.

VI

OTHYS

Al salir del bosque, nos encontramos ante enormes matas de purpúreas dedaleras con las que Sylvie compuso un gran ramo, diciéndome:

—Es para mi tía. Le encantará poder ver flores tan bonitas en su habitación. Para llegar a Othys, sólo nos faltaba atravesar una parte del llano. El campanario de la aldea despuntaba por encima de los azulados collados que van de Montméliant a Dammartin. El Théve fluía de nuevo entre piedras y guijarros, adelgazando ahora su caudal debido a la proximidad de su lugar de nacimiento por cuyos prados reposaba formando una laguna rodeada de gladiolos y de lirios. Pronto llegamos a las primeras casas. La tía de Sylvie vivía en una choza construida con desiguales piedras areniscas revestidas con emparrados de lúpulos y de pámpanos. Desde la muerte de su marido, vivía únicamente de unos bancales de tierra que la gente del pueblo cultivaba para ella. Con la llegada de la sobrina la casa parecía revivir.

—¡Buenos días, tía! ¡Aquí están sus sobrinos! —exclamó Sylvie—. ¡Estamos hambrientos!

La besó tiernamente, le puso el ramo de flores entre los brazos y después, por fin, me presentó diciendo:

—¡Mi pretendiente!

A mi vez, besé a la tía, que dijo:

—Es apuesto... ¡y rubio!...

—Tiene el cabello muy fino —dijo Sylvie.

—Esas cosas duran poco —repuso la tía—. Pero tenéis todo el tiempo por delante. Como tú eres morena, formáis buena pareja.

—Hay que darle de desayunar, tía.

Y empezó a buscar en los armarios, en la artesa, hasta que encontró leche, pan moreno y azúcar. Luego, dispuso encima de la mesa, sin demasiado esmero, los platos y las fuentes de porcelana esmaltada y decorada con grandes flores y gallos de llamativos plumajes. Un cuenco de porcelana de Creil lleno de leche, en la que flotaban unas fresas, ocupó el centro de la mesa, y, tras despojar al jardín de unos puñados de cerezas y de grosellas, arregló las flores en dos jarrones que colocó uno en cada extremo del mantel. Sin embargo, la tía dijo:

—Aquí sólo hay postres. Dejadme hacer a mí.

Descolgó la sartén y echó un haz de leña en la enorme chimenea.

—¡No te permito tocar nada! —le dijo a Sylvie que pretendía ayudarla—. ¡Estropear esas preciosas manos que hacen unas puntillas más hermosas que las de Chantilly! Me has regalado algunos de tus encajes, y yo de eso entiendo mucho.

—¡Por supuesto, tía!... Por cierto, si tuviera algún trozo de encaje antiguo... me

serviría de modelo.

—Bien. Busca por arriba —contestó la tía—. Quizá encuentres algo en la cómoda.

—Déme las llaves —dijo Sylvie.

—¡Bah! —repuso la tía—. Los cajones están abiertos.

—No es verdad. Hay uno que siempre está cerrado.

Y, mientras la buena mujer limpiaba la sartén, después de haberla pasado por el fuego, Sylvie se hizo con una llavecita de acero labrado, que le colgaba de la cintura, y que me enseñó con gesto triunfal.

La seguí, subiendo rápidamente la escalera de madera que conducía a la alcoba. ¡Oh, juventud; oh, vejez, santas edades! ¿Quién hubiera pensado en mancillar la pureza de un primer amor en aquel santuario de fieles recuerdos? Un joven de otra época sonreía con sus ojos negros y su boca de encendidos labios desde un retrato oval, con marco dorado. Lucía el uniforme de los guardas de caza de la casa de Conde; su porte semimarcial, su rostro sonrosado y bonachón, su frente pura bajo los cabellos empolvados, mejoraban aquel pastel, acaso mediocre, con los encantos de la juventud y de la sencillez. Algún artista modesto, invitado a las cacerías principescas, se había aplicado en realizar el retrato del joven lo mejor que supo, al igual que el de su esposa, joven también, a quien podía verse en otro medallón, atractiva, maliciosa y esbelta en su corpiño abierto y adornado con cintas, con el rostro ladeado y dirigiendo mimosas muecas a un pájaro que se había posado en uno de sus dedos. Sin embargo, se trataba de la misma anciana que en aquel momento se hallaba cocinando, encorvada sobre el fuego del hogar. Tal contraste me indujo a pensar en las hadas de los Funámbulos que, bajo su arrugada máscara, esconden un rostro atractivo que descubren sólo al final, cuando aparece el templo del Amor y su sol giratorio resplandeciente de rayos mágicos.

—¡Oh, querida tía —exclamé—, qué guapa era!

—¿Y yo, qué? —preguntó Sylvie que había logrado abrir el famoso cajón. En su interior, encontró un traje largo, de tafetán, que al ser desdoblado dejaba oír los crujidos de los pliegues.

—Probaré qué tal me sienta —dijo—. ¡Ah, pareceré un hada antigua!

K ¡El hada eternamente joven de las leyendas!...», me dije.

Sylvie desabrochó su vestido de algodón y lo dejó caer a sus pies. El suntuoso traje de la vieja tía se ajustaba perfectamente al fino talle de Sylvie, que me pidió que lo abrochase.

—¡Oh, qué ridículas quedan las mangas abombadas! —exclamó.

Sin embargo, las bocamangas, adornadas con encajes, dejaban al descubierto sus brazos desnudos, y su seno encuadraba a la perfección en el limpio corpiño de tules amarillentos y cintas pasadas, que sólo en contadas ocasiones había ceñido los desvanecidos encantos de la tía.

—¡Pero, acabe ya! ¿No sabe abrochar un vestido? —me dijo Sylvie.

Parecía la novia aldeana de Greuze.

—Necesitaríamos polvos —dije.

—Vayamos a buscarlos.

Siguió registrando los cajones. ¡Cuántos tesoros, qué bien olían, cómo brillaban, qué tornasol de vivos colores y discreto oropel! Dos abanicos de nácar un poco rotos, cajas de madera con dibujos chinos, un collar de ámbar y mil fruslerías entre las que destacaban dos zapatitos de droguete blanco con hebillas incrustadas de diamantes de Irlanda.

—¡Oh, quiero ponérmelos! —dijo Sylvie—. Si encontrara las medias bordadas...

Al cabo de unos momentos desdoblábamos unas medias de suave seda rosa con los talones verdes; pero la voz de la tía, acompañada del chisporroteo de la sartén, nos devolvió repentinamente a la realidad.

—¡Baje inmediatamente! —dijo Sylvie, y, a pesar de mis protestas, no me permitió que la ayudara a calzarse.

Mientras, la tía acababa de disponer en una fuente el contenido de la sartén: una generosa loncha de tocino con huevos.

La voz de Sylvie volvió a llamarme enseguida.

—¡Vístase, rápido! —ordenó y, completamente vestida, me mostró las vestimentas del guardabosque, dispuestas encima de la cómoda. En unos segundos, me convertí en un novio del siglo pasado. Sylvie me esperaba en la escalera y bajamos juntos, cogidos de la mano. La tía, al volverse, lanzó un grito.

—¡Oh, hijos míos! —exclamó, y se puso a llorar. Después, sonrió a través de las lágrimas. ¡Cruel y deliciosa aparición! Éramos la imagen de su juventud. Nos sentamos a su lado, conmovidos y ligeramente tristes. Luego, recobramos pronto la alegría; pues, superado el primer momento, la buena anciana ya sólo pensó en recordar las pomposas fiestas de sus esponsales. Incluso logró hallar, en quién sabe qué lugar de su memoria, las canciones alternas, entonces al uso, con las que los comensales se interpelaban de un extremo al otro de la mesa, y el inocente epitalamio que acompañaba a los recién casados después del baile. Una y otra vez, repetíamos aquellas estrofas de rimas tan simples, con los hiatos y las asonancias propios de la época, estrofas amorosas y floridas como el cántico del Eclesiastés. Durante una hermosa mañana de verano fuimos marido y mujer.

VII

CHÂALIS

Son las cuatro de la madrugada. La carretera se hunde en un repliegue; luego, emerge de nuevo. El coche está a punto de pasar por Orry, después lo hará por La Chapelle. A la izquierda hay una carretera que bordea el bosque de Hallate. Fue por este camino por donde, una tarde, el hermano de Sylvie me llevó en su carricoche a una fiesta de la región. Creo que era la noche de San Bartolomé. Como si se dirigiera a un aquelarre, su caballo volaba a través de los bosques, por caminos poco transitables. En Mont l'Evêque, volvimos a coger la ruta pavimentada y, unos minutos más tarde, nos deteníamos ante la casa del guarda, en la antigua abadía de Châalis. ¡Châalis, otro recuerdo!

Olvidado vestigio de las piadosas fundaciones comprendidas entre los dominios que antaño recibieron el nombre de alquerías de Carlomagno, este antiguo recinto de emperadores sólo ofrece a la admiración del viajero las ruinas del claustro de arcadas bizantinas cuya última hilera todavía se recorta sobre los estanques. En esta comarca, aislada del tráfico de los caminos y de las ciudades, la religión ha conservado las peculiares huellas dejadas por las largas estancias de los cardenales de la casa de Este, en la época de los Médicis: sus atributos y sus costumbres poseen todavía cierta impronta galante y poética, y bajo los arcos de finas nervaduras de las capillas, decoradas por artistas llegados de Italia, se respira un aroma renacentista. Las figuras de los santos y de los ángeles se perfilan, rosadas, sobre las bóvedas pintadas de azul celeste con influencias de alegorías paganas que hacen pensar en la sentimentalidad de Petrarca y en el fabuloso misticismo de Francesco Colonna.

El hermano de Sylvie y yo éramos unos intrusos en la peculiar fiesta que se celebraba aquella noche. Una persona de mi ilustre cuna, dueña entonces de aquellos dominios, había invitado a algunas familias de la comarca a una especie de representación alegórica en la que debían actuar algunas internas de un vecino convento. No se trataba de una reminiscencia de las tragedias de Saint Cyr; aquella representación se remontaba a los primeros ensayos líricos importados a Francia en tiempos de los Valois. La puesta en escena que presencié se parecía a los misterios de la antigüedad. El vestuario, compuesto por trajes largos, era uniforme excepto en el color: el del azur, el del jacinto y el de la aurora. La acción transcurría entre ángeles, sobre los restos del mundo ya destruido. Cada voz cantaba uno de los esplendores del orbe extinguido, y el ángel de la muerte explicaba las causas de su destrucción. Un espíritu surgía del abismo, esgrimiendo en la mano la espada flamígera, y convocaba a los otros para que vinieran a admirar la gloria de Cristo, vencedor de los infiernos. Aquel espíritu era Adrienne, transfigurada no sólo por las vestimentas del momento sino también por su vocación. El aura de cartón dorado que ceñía su cabeza angelical

parecía un verdadero círculo de luz. Su voz había ganado fuerza y amplitud, y las infinitas florituras del canto italiano bordaban con sus pajariles gorjeos las graves palabras de unos versos pomposos.

Al recordar dichos pormenores me pregunto si eran reales o si, por el contrario, los soñé. Aquella tarde, el hermano de Sylvie estaba algo ebrio. Nos habíamos detenido unos instantes en la casa del guarda, en lo alto de cuya puerta aparecía — cosa que me sorprendió mucho— un cisne con las alas extendidas. Ya en el interior, altos armarios de nogal labrado, un gran reloj en su urna, y trofeos de arcos y flechas de honor encima de una diana roja y verde. Un enano estrambótico, tocado con un gorro chino, que sostenía una botella en una mano y una sortija en la otra, parecía invitar a los tiradores a apuntar con tino. Estoy seguro de que el enano era de palastro. Pero, en lo que se refiere a la aparición de Adrienne, ¿fue tan cierta como esos detalles y como la incontestable existencia de la abadía de Châalis? Desde luego, lo que sí es seguro es que fue el hijo del guarda quien nos introdujo en la sala donde tenía lugar la representación, y nos situamos cerca de la puerta, detrás de una numerosa concurrencia, sentada y hondamente emocionada. Era el día de San Bartolomé, particularmente ligado a la memoria de los Médicis, cuyas armas enlazadas con las de la casa de Éste decoraban las viejas murallas... Ese recuerdo quizá sólo sea una obsesión. He aquí que, por fortuna, el coche se detiene en la carretera de Plessis. Huyo al mundo de los sueños. Para llegar a Loisy, sólo falta un cuarto de hora de viaje por caminos poco transitados.



VIII

EL BAILE DE LOISY

Hice mi entrada en el baile de Loisy a esa hora melancólica y todavía dulce en que, ante la proximidad del día, las luces titilan y palidecen. Las copas de los tilos adquirirían tonalidades azuladas mientras las sombras iban ya cubriendo los troncos. La bucólica flauta ya no competía tan vigorosamente con los trinos del ruiseñor. Todo el mundo estaba pálido, y me costó encontrar algún rostro conocido entre los grupos dispersos. Por fin, descubrí a Lise, una amiga de Sylvie. Me besó.

—¡Cuánto tiempo sin verte, parisino! —exclamó.

—¡Oh, sí, mucho tiempo!

—¿Llegas en este momento, a estas horas?

—Por el camino de la posta.

—Sin prisas, ¿eh?

—Quería ver a Sylvie, ¿está todavía en el baile?

—No se va hasta que luce la luz del día. ¡Le gusta tanto bailar!

Al cabo de un momento me hallaba a su lado. Su semblante reflejaba cansancio; sin embargo, sus ojos negros seguían brillando con la sonrisa ateniense de antaño. Un joven permanecía cerca de ella. Con un gesto, Sylvie le indicó que renunciaba a la siguiente contradanza. Saludó y se retiró.

Amanecía. Salíamos del baile, cogidos de la mano. Las flores que Sylvie lucía en la cabeza caían entre su cabello suelto; el ramillete del corpiño se deshojaba también entre los encajes arrugados, sabia labor de sus manos. Me brindé a acompañarla a casa. Era completamente de día, pero el tiempo estaba sombrío. El Thève murmuraba a nuestra izquierda, dejando en sus recodos remansos de agua estancada donde se abrían los nenúfares amarillos y blancos, y donde el frágil bordado de las estrellas de agua brillaban como margaritas. Los llanos aparecían cubiertos de gavillas y de montones de heno, cuyo olor se me subía a la cabeza sin embriagarme, como me ocurría antaño con el fresco aroma de los bosques y de los matorrales de espinos floridos.

No se nos ocurrió volver a atravesarlos.

—¡Sylvie! —le dije—. ¡Ya no me ama! Ella suspiró.

—Amigo mío —me dijo—, hay que ser razonable. En la vida las cosas no son como nosotros deseáramos. En cierta ocasión, me habló usted de La Nouvelle Héloïse; la leí y me estremecí al dar, ya de entrada, con esta frase: «La muchacha que lea este libro está perdida». Sin embargo, confiando en mi raciocinio, seguí leyendo. ¿Recuerda el día en que nos pusimos los trajes de boda de mis tíos?... Los grabados del libro también mostraban a los enamorados vestidos con trajes antiguos, de otra época, de modo que, para mí, usted era Saint Preux y yo me reconocía en Julie. ¡Ah,

si hubiera regresado entonces! Pero, según decían, estaba en Italia. Allí las habrá conocido mucho más guapas que yo.

—Ninguna tenía su mirada, Sylvie, ni los puros rasgos de su rostro. Es usted una ninfa antigua, aunque lo ignore. Por otra parte, los bosques de esta región son tan hermosos como los de la campiña romana. Hay allí masas de granito no menos sublimes, y una cascada que cae desde lo alto de las rocas, como la de Terni. No vi nada en Italia que pueda echar de menos aquí.

—¿Y en París? —preguntó.

—París...

Sacudí la cabeza, sin responder.

De repente, pensé en la vaga imagen que me trastornaba desde hacía tanto tiempo.

—Sylvie —dije—, detengámonos aquí, ¿quiere?

Me arrodillé a sus pies. Llorando abrasadoras lágrimas, confesé mis vacilaciones, mis caprichos. Mencioné al funesto espectro que se cruzaba en mi vida.

—¡Sálveme! —añadí—. ¡Seré suyo para siempre!

Posó en mí su tierna mirada...

En aquel momento, nuestra conversación se vio interrumpida por violentas carcajadas. Era el hermano de Sylvie que venía a buscarnos con esa bonachona alegría campesina, obligada a continuación de una noche de fiesta y que numerosas libaciones habían estimulado más de la cuenta. Llamaba al galán del baile, perdido a lo lejos entre los arbustos de espinos y que no tardó en reunirse con nosotros. Aquel muchacho no se sostenía sobre los pies con más equilibrio que su compañero, y parecía más azorado por la presencia de un parisino que por la de Sylvie. Su semblante cándido, su cortesía mezclada a la turbación, me impedían estar resentido con él por haber sido el bailarín por el que Sylvie se había quedado en la fiesta hasta hora tan avanzada. Lo consideraba poco peligroso.

—Hay que volver a casa —dijo Sylvie a su hermano—. ¡Hasta luego! —me dijo ofreciéndome la mejilla.

El pretendiente no se ofendió.

IX

ERMENONVILLE

No sentía ningún deseo de dormir. Fui a Montagny para volver a ver la casa de mi tío. En cuanto divisé la fachada amarilla y los postigos verdes me invadió una gran tristeza. Todo aparecía igual que antaño; sólo que me vi obligado a ir hasta la casa del granjero para obtener la llave de la puerta. Una vez abiertas las contraventanas, contemplé con ternura los viejos muebles conservados en el mismo estado y a los que quitaban el polvo de vez en cuando; el alto armario de nogal, dos cuadros flamencos obra, según decían, de un antiguo pintor antepasado nuestro; grandes imitaciones de Bucher y una serie de grabados enmarcados de l'Emile y de La Nouvelle Héloïse, realizados por Moreau, y, encima de la mesa, un perro disecado al que conocí vivo, antiguo compañero de mis correrías por los bosques, el último doguillo quizá, pues pertenecía a dicha raza extinguida.

—En cuanto al loro, aún vive —me dijo el granjero—. Me lo he llevado a casa.

El jardín presentaba una magnífica estampa de vegetación salvaje. En un rincón, reconocí el jardincillo infantil que yo mismo tracé en otros tiempos. Trémulo, entré en el gabinete donde aún podía verse la pequeña biblioteca llena de libros muy escogidos, viejos amigos de quien no regresaría jamás, y, encima de la mesa, algunas antigüedades encontradas en el jardín, vasos, medallones romanos, colección local que había constituido motivo de dicha.

—Vamos a ver al loro —dije al granjero.

El loro pedía el desayuno como en sus mejores tiempos, y me miró con ese ojo redondo, rodeado por un pellejo lleno de arrugas, que recuerda la mirada experimentada de los ancianos.

Abrumado por los tristes pensamientos que me inspiraba aquel tardío regreso a lugares tan amados, sentí la necesidad de volver a ver a Sylvie, única presencia viva y joven que me vinculaba con aquella región. Volví a emprender el camino de Loisy. Era mediodía, todos dormían, fatigados por la fiesta. Se me ocurrió distraerme dando un paseo hasta Ermenonville, a una legua de distancia por el sendero del bosque. Hacía un hermoso tiempo de verano. El frescor de aquel camino, que parecía la alameda de un parque, resultaba en verdad placentero. Las enormes encinas, de un verde uniforme, sólo alternaban con los blancos troncos de los abedules, de rumoroso follaje. Los pájaros callaban, y sólo se oía el ruido del picoverde picoteando los árboles para construir sus nidos. En un momento dado corrí el peligro de perderme, pues en varios lugares los letreros que anunciaban las distintas direcciones se reducían a caracteres borrosos. Por fin, dejando el Desierto a la izquierda, llegué a la glorieta de la danza, donde todavía subsiste el banco de los ancianos. Ante aquella pintoresca realización del Anacharsis y de L'Emile, todos los recuerdos de la

antigüedad filosófica, resucitados por el antiguo propietario de aquel dominio, acudían a mi mente en tropel.

Cuando, a través de las ramas de los sauces y de los avellanos, vi brillar las aguas del lago, reconocí de inmediato un lugar al que mi tío me había conducido en varias ocasiones durante sus paseos: era el Templo de la filosofía, que su fundador no tuvo la dicha de terminar. Posee la forma del templo de la sibila Tiburtina, y, todavía en pie y al abrigo de un bosquecillo de pinos, ostenta todos esos nombres del pensamiento que empiezan con los de Montaigne y Descartes y llegan hasta el de Rousseau. El edificio inacabado ya sólo es una ruina; la hiedra lo festonea con gracia y las zarzas, que crecen entre las grietas de las gradas, lo invaden. Allí, cuando era niño, presencié fiestas a las que acudían jovencitas vestidas de blanco para recibir los premios de aplicación y de buena conducta. ¿Dónde están los rosales que rodeaban la colina? El escaramujo y el frambueso cubren los últimos plantíos que recobran, así, su estado salvaje. Y los laureles, ¿los han cortado, como dice la canción^[1] de las muchachas que no quieren volver al bosque? No, esos árboles de la dulce Italia han muerto bajo nuestro cielo brumoso. Afortunadamente, la alheña de Virgilio todavía florece, como si deseara confirmar la frase del maestro inscrita en el frontispicio de la puerta: *Rerum cognoscere causas!* Sí, aquel templo se derrumba, como tantos otros; los hombres olvidadizos o fatigados se alejarán de sus alrededores; la naturaleza, indiferente, recobrará el terreno que el arte le disputa, pero la sed de conocer seguirá siendo eterna, fuente de toda energía y de toda actividad.

He aquí los álamos de la isla, y la tumba de Rousseau, que no guarda sus cenizas. ¡Oh, sabio, nos diste la savia de los fuertes, y éramos demasiado débiles para que pudiera robustecernos! Hemos olvidado tus lecciones, que nuestros padres sabían, y hemos perdido el sentido de tu palabra, último eco de los antiguos sabios. Sin embargo, no desesperamos y, al igual que tú hiciste en el instante supremo, ¡elevamos nuestra mirada hacia el sol!

Volví a ver el castillo, las apacibles aguas que lo rodean, la cascada que gime entre las rocas y la calzada que une las dos partes del pueblo cuyos ángulos están señalados por cuatro palomares; el césped que se extiende en lontananza como una sabana dominada por umbrosos collados; la torre Gabrielle se refleja desde lejos en las aguas de un lago artificial constelado de flores efímeras; la espuma borbotea, el insecto zumba... Forzoso es huir del aire pestilente que se percibe al llegar a las areniscas polvorientas del desierto y a las landas, donde el brezo rosáceo sustituye al verdor de los helechos. ¡Qué triste y solitario es todo esto!... La encantadora mirada de Sylvie, sus alocadas carreras, sus alegres gritos, ¡prestaban antaño tanto encanto a los lugares que acabo de recorrer! Todavía era una criatura salvaje, con los pies descalzos y la tez curtida por el sol a pesar de sus sombreros de paja, cuya larga cinta flotaba y se enredaba con sus trenzas oscuras. Íbamos a beber leche a la granja suiza y me decían:

—¡Qué bonita es tu novia, parisino!

¡Oh, entonces ningún campesino hubiera bailado con ella! ¡Sylvie sólo bailaba conmigo una vez al año, en la fiesta del arco!

X

EL RIZADOTE

Regresé por el camino de Loisy. Todo el mundo estaba ya despierto. Sylvie iba ataviada como una señorita, casi a la moda de la ciudad. Me hizo subir a su habitación con la misma ingenuidad de antaño. Sus ojos seguían brillando con una sonrisa llena de encanto, pero el arco pronunciado de las cejas le prestaba, a veces, un aire de seriedad. La habitación estaba decorada con sencillez; sin embargo, los muebles eran modernos. Un espejo con marco dorado ocupaba el lugar de la antigua cornucopia en la que se veía a un idílico pastor ofreciendo un nido a una pastora azul y rosa. El lecho de columnas, castamente cubierto con una vieja colcha rameada, había sido sustituido por una camita de nogal adornada con un dosel. En la ventana, en la jaula en la que en otro tiempo estaban las currucas, había ahora unos canarios. Deseé salir urgentemente de aquella habitación en la que no encontraba restos del pasado.

—¿No trabaja hoy en sus encajes? —pregunté a Sylvie.

—¡Oh! He dejado de hacer encajes, ya no hay demanda. Incluso la fábrica de Chantilly ha tenido que cerrar.

—Entonces, ¿a qué se dedica?

Se dirigió hacia un rincón de la habitación en busca de un instrumento de hierro semejante a una larga pinza.

—¿Qué es esto?

—Es lo que llaman mecánica. Sirve para sujetar la piel de los guantes para poder coserlos.

—¡Ah! ¿Es usted guanterera, Sylvie?

—Sí, trabajamos para Dammartin; en estos momentos resulta muy rentable. Pero hoy no haré nada, iremos a donde le apetezca.

Dirigí la mirada hacia el camino de Othys: negó con la cabeza y comprendí que la anciana tía había dejado de existir. Sylvie llamó a un chiquillo y le mandó ensillar un asno.

—Todavía me dura el cansancio de ayer —dijo—, pero un paseo me sentará bien. Vayamos a Châalis.

Y henos aquí atravesando el bosque, seguidos por un chiquillo armado con una vara. Sylvie enseguida quiso detenerse y la abracé al ayudarla a sentarse. Nuestra conversación no podía ser muy íntima. Tuve que contarle mi vida en París, mis viajes...

—¿Cómo puede uno irse tan lejos? —dijo.

—Eso mismo me pregunto yo al volver a verla.

—¡Oh! Habla por hablar.

—Reconozca que antes no era usted tan guapa.

—No puedo opinar. No lo sé.

—¿Recuerda cuando éramos niños y era usted la más alta?

—¡Y usted el más sensato!

—¡Oh, Sylvie!

Y nos subían al burro, uno en cada sera.

—Y no nos tratábamos de usted. ¿Recuerdas que me enseñabas a pescar cangrejos bajo el puente del Thève y del Nonette?

—¿Y cuando tu hermano de leche te sacó un día del aba, te acuerdas?

—¡El Rizadote! ¡Fue él quien me dijo que podía cruzar el aba!

Me apresuré a cambiar de conversación. Aquella imagen me devolvía el intenso recuerdo de la época en que llegaba yo a esos lugares vestido con un trajecito a la inglesa que hacía reír a los campesinos. Sólo Sylvie me encontraba elegante; pero no me atrevía a recordarle opiniones pertenecientes a un tiempo tan lejano. No sé por qué mi pensamiento recayó en los trajes de boda que nos probamos en casa de la anciana tía de Othys. Le pregunté qué había sido de ellos.

—¡Ah, qué buena era! —dijo Sylvie—. Hace dos años, me prestó su traje para ir al baile de disfraces de Dammartin. La pobre murió al cabo de un año...

Suspiraba y lloraba con tanto sentimiento que no le pregunté a qué circunstancia se debía el hecho de que hubiera ido a un baile de disfraces; pero iba comprendiendo que Sylvie, merced a sus dotes artesanales, había dejado de ser una campesina. Sólo sus padres seguían perteneciendo a dicha condición. Ella vivía entre sus familiares como un hada laboriosa, esparciendo la abundancia a su alrededor.



XI

REGRESO

Al salir del bosque, apareció el paisaje. Habíamos llegado a orillas de los lagos de Châalis. Las galerías del claustro, la capilla de esbeltas ojivas, la torre medieval y el pequeño castillo que abrigó los amores de Enrique IV y de Gabrielle se teñían con las rojizas tonalidades de la atardecida sobre el verdor oscuro del bosque.

—Parece un paisaje de Walter Scott, ¿verdad? —dijo Sylvie.

—¿Quién le ha hablado de Walter Scott? —le pregunté—. ¡Ha leído mucho en esos años!... Yo intento olvidar los libros, y lo que me encanta es volver a ver en su compañía esta vieja abadía entre cuyas ruinas nos escondíamos cuando éramos niños. ¿Recuerda, Sylvie, el miedo que tenía cuando el guarda nos contaba la historia de los monjes rojos?

—¡Oh, no los nombre!

—Pues cánteme la canción de la hermosa joven raptada en el jardín de su padre, bajo el rosal blanco.

—Ya no se canta.

—¿Se ha aficionado a la música?

—Un poco.

—¡Sylvie, Sylvie, seguro que canta ópera!

—¿Por qué le parece mal?

—Porque me gustaban mucho los antiguos romances y ya no los sabrá cantar. Sylvie entonó el aria de una ópera moderna. ¡Fraseaba!

Habíamos rodeado los estanques cercanos. Nos encontrábamos ante la verde pradera, circundada de tilos y de olmos, en la que tantas veces habíamos bailado. Caí en la presunción de describir las antiguas murallas carlovingias y de descifrar los blasones del casa de Este.

—¡Vaya! ¡Ha leído mucho más que yo! Es usted todo un sabio, ¿eh?

El tono de reproche me hirió. Desde hacía un buen rato, iba buscando un lugar apropiado para reemprender mi confesión de madrugada; pero ¿qué decirle ante la compañía de un asno y de un chiquillo muy avisado que se complacía en acercársenos cada vez más para oír hablar a un parisino? Entonces tuve la desgracia de contarle la aparición de Châalis, fija en mi memoria. Conduje a Sylvie a la misma sala del castillo en la que había oído cantar a Adrienne.

—¡Oh, deje que la oiga cantar! —le pedí—. ¡Que su amada voz resuene bajo estas bóvedas y aleje el espíritu que me atormenta, sea divino o fatal!

Y, tras musitar yo la canción, Sylvie repitió la letra y la melodía. ¡Descended, raudos, ángeles al fondo del purgatorio...!

—Es muy triste —dijo.

—Es sublime... Creo que se trata de una composición de Porpora a partir de unos versos traducidos en el siglo XVI.

—No sé —repuso Sylvie. Regresamos por el valle, siguiendo el camino de Challepont que los campesinos, poco etimologistas por naturaleza, se obstinan en llamar Chállepont. Sylvie, cansada del asno, se apoyaba en mi brazo. El camino estaba desierto. Intentaba hablar de cuanto encerraba en mi corazón; pero, no sé por qué, sólo se me ocurrían expresiones vulgares o bien, de repente, alguna frase pomposa perteneciente a alguna novela que Sylvie podía haber leído. Entonces, me detenía con una complacencia absolutamente clásica, y ella se extrañaba de tales efusiones interrumpidas. A partir del momento en que llegamos a los muros de Saint S., fue necesario caminar con más atención. Había que atravesar algunos prados húmedos por los que serpenteaban los arroyuelos.

—¿Qué se ha hecho de la religiosa? —pregunté de repente.

—¡Oh! ¡Es usted terrible con su religiosa! ¡De acuerdo, se lo diré! ¡Acabó muy mal!

Sylvie no quiso añadir más. ¿Advierten realmente las mujeres si determinadas palabras salen de los labios sin pasar por el corazón? Viéndolas tan fácilmente engañadas y a juzgar por las elecciones que con tanta frecuencia llevan a cabo, diríase que no. ¡Hay hombres que interpretan tan bien la comedia del amor...! Nunca pude habituarme a semejante modo de actuar, aun a sabiendas de que muchas mujeres se dejan engañar a conciencia. Por otra parte, un amor que se remontaba a la infancia era algo sagrado... Sylvie, a quien había visto crecer, era como una hermana para mí. No podía intentar seducirla... Otra idea muy diferente cruzó por mi mente.

«A estas horas —me dije—, estaría en el teatro...» ¿Qué interpretará Aurélie (era el nombre de la actriz) esta noche? Seguramente el papel de princesa en la nueva obra. ¡Oh, qué conmovedora está en el tercer acto!... ¡Y en la escena de amor del segundo, con ese primer galán tan arrugado...!

—¿Está pensando en sus cosas? —preguntó Sylvie, y empezó a cantar.

En Dammartin hay tres hermosas niñas; hay una más bonita que la luz del día...

—¡Ah, qué mala es usted! —exclamé—. ¡Claro que se sabía los romances!

—Si viniera más a menudo por aquí, los recordaría —repuso—. Pero hay que tener la cabeza en su sitio. Usted tiene su vida en París, y yo tengo mi trabajo. No regresemos muy tarde: mañana he de levantarme con el sol.

XII

EL TÍO BOLA

Iba a contestar, iba a postrarme de rodillas a sus pies, iba a ofrecerle la casa de mi tío, que todavía podía recuperar pues éramos varios los herederos y la pequeña propiedad había quedado indivisa; pero en aquel momento llegamos a Loisy. Nos esperaban para cenar. El aroma patriarcal de la sopa de cebollas se esparcía a lo lejos. Había algunos vecinos invitados por ser el día siguiente al de la fiesta. Enseguida reconocí a un viejo leñador, tío Bola, que en otros tiempos, durante las veladas, nos contaba historias muy cómicas a veces, y muy terroríficas, otras. Había sido, sucesivamente, pastor, cartero, guardabosque, pescador, e incluso cazador furtivo, y en sus ratos libres fabricaba relojes de cuco y asadores. Durante mucho tiempo, se había dedicado a pasear ingleses por Ermenonville, conduciéndoles a los lugares de meditación de Rousseau y refiriéndoles sus últimos momentos. Él fue el chiquillo que el filósofo empleó para clasificar sus hierbas y a quien ordenó coger las cicutas cuya savia exprimió en su taza de café con leche. El posadero de la Cruz de oro negaba ese dato y de ahí procedía el prolongado odio que se profesaban. Durante mucho tiempo se reprochó a tío Bola la posesión de ciertos secretos muy inocentes, como curar vacas con un versículo pronunciado al revés y con la señal de la cruz hecha con el pie izquierdo, pero renunció a tales supersticiones gracias, según decía, al recuerdo de las conversaciones con Jean-Jacques.

—¡Hola, pequeño parisino! —me dijo tío Bola—. ¿Vienes a seducir a nuestras muchachas?

—¿Yo, tío Bola?

—¿No te las llevas al bosque cuando no está el lobo?

—Pero, tío Bola, ¿no es usted el lobo?

—Lo fui mientras encontré ovejas; ahora sólo encuentro cabras, ¡y hay que ver cómo saben defenderse! Pero tú, tú eres uno de esos pícaros de París. Jean-Jacques tenía toda la razón cuando decía: «El hombre se corrompe en el ambiente emponzoñado de las ciudades».

—De sobra sabe usted, tío Bola, que el hombre se corrompe en todas partes.

Tío Bola empezó a cantar una canción de borrachos, y resultó inútil intentar frenarlo al llegar a un estribillo escabroso que todos sabían de memoria. A pesar de nuestras súplicas, Sylvie no quiso cantar, diciendo que en la mesa no se cantaba. Yo había ya advertido que el galán de la víspera se hallaba sentado a su izquierda. No sé qué había en su cara redonda, en su enmarañado pelo, que no me resultaba desconocido. Se levantó y, colocándose detrás de mi silla, me preguntó:

—¿Así que no me conoces, eh, pequeño parisino?

Una buena mujer, que se reunió con nosotros para el postre después de habernos

servido, me dijo al oído:

—¿No reconoce a su hermano de leche?

Sin dicha advertencia hubiera hecho el ridículo.

—¡Ah, eres tú, Rizadote! —exclamé—. ¡El que me sacó del *aba*!

Sylvie se reía a carcajadas de mi descubrimiento.

—Sin calcular —decía el muchacho al abrazarme— que llevabas un hermoso reloj de plata, y que al salvarte estabas más preocupado por tu reloj, que ya no funcionaba, que por ti mismo. Decías: «El animalito se ha *ogado*, ya no hace tictac, ¿qué dirá mi tío?».

—¡Un animalito dentro de un reloj! —dijo tío Bola—. ¡Eso es lo que hacen creer a los niños en París!

Sylvie tenía sueño y pensé que mi persona ya no tenía cabida en su pensamiento. Subió a su habitación y, cuando la besé, me dijo:

—Hasta mañana. Venga a vernos.

Tío Bola permaneció en la mesa con mi hermano de leche. Durante un buen rato, charlamos alrededor de una botella de ratafiat de Louvres.

—Todos los hombres son iguales —dijo tío Bola entre dos copitas—, bebo con un pastelero igual que lo haría con un príncipe.

—¿Dónde está el pastelero? —pregunté.

—Aquí, a tu lado. Un joven que aspira a establecerse.

Mi hermano de leche pareció turbarse. Comprendí lo que sucedía. ¡Ya era mala suerte la mía, ir a tener un hermano de leche en una zona del país ilustrada por Rousseau, que quería suprimir las nodrizas! Tío Bola me puso al corriente de que el matrimonio de Sylvie con Rizadote era cosa hecha y que el muchacho tenía intención de abrir una pastelería en Dammartin. No pregunté nada más. Al día siguiente, el coche de Nanteuil-le-Haudoin me condujo de regreso a París.

XIII

AURÉLIE

¡A París! El coche tarda cinco horas. Sólo me apremiaba el deseo de llegar a la ciudad antes del anochecer. Hacia las ocho me hallaba sentado en mi butaca habitual; Aurélie derrochaba inspiración y encanto en unos versos de vaga inspiración schilleriana debidos a un talento de la época. En la escena del jardín llegó a estar sublime. Durante el cuarto acto, en el que ella no aparecía en escena, salí para comprar un ramo de flores en la floristería de madame Prévost. Adjunté una carta muy tierna, con la firma: Un desconocido. Pensé: «Quizá sirva de punto de referencia para el futuro». Y, al día siguiente, me hallaba en camino hacia Alemania.

¿Qué iba a hacer allí? Intentar poner orden en mis sentimientos. Si escribiera una novela, jamás lograría que la historia de un corazón dominado por dos amores simultáneos resultara verídica. Sylvie se me escapaba por mi culpa, pero volver a verla había bastado para que mi alma reviviera. En lo sucesivo, sería para mí como una estatua sonriente en el templo de la virtud. Su mirada me detuvo al borde del abismo. Con renovada energía rechazaba la idea de comparecer ante Aurélie para batallar contra tantos enamorados vulgares que brillaban momentáneamente a su lado para caer, de inmediato, destrozados.

«Algún día se verá —me dije— si esa mujer tiene corazón».

Una mañana, leí en un periódico que Aurélie estaba enferma. Le escribí desde las montañas de Salzburgo. La carta exhalaba tanto misticismo germánico que no daba pie a esperar que surtiera efecto; pero, por otro lado, no pedía respuesta. Confiaba en el azar. Y en el desconocido.

Transcurrieron algunos meses. Durante mis viajes y ocios, intentaba traducir en argumento poético los amores del pintor Colonna por la hermosa Laura, a quien sus padres obligaron a profesar y a la que él amó hasta la muerte. En dicha historia había algo relacionado con mi constante obsesión. En cuanto hube escrito el último verso de la obra, sólo pensé en regresar a Francia.

¿Qué puedo añadir, ahora, sino una historia de tantas? Pasé por todos los círculos próximos a esos locales de pruebas llamados teatro. «Comí en el tambor y bebí del címbalo», como dice la frase carente de sentido aparente de los iniciados de Eleusis y que significa, seguramente, que, si el caso lo impone, hay que franquear los límites de lo absurdo y del sinsentido: la razón, desde mi punto de vista, consistía en conquistar y concretar mi ideal.

Aurélie aceptó el papel principal del drama que escribí en Alemania. Nunca olvidaré el día en que me permitió leerle la obra. Escribí las escenas de amor pensando en ella. Creo que las recité con el alma; pero, sobre todo, con entusiasmo. En la conversación que siguió, confesé ser el desconocido de las dos cartas.

—Está usted loco, pero vuelva a visitarme... Nunca he conseguido encontrar a alguien que sepa amarme.

¡Oh, mujer! ¡Buscabas el amor...! ¿Y yo...?

Durante los días que siguieron a aquella entrevista, escribí las cartas más tiernas, más hermosas que, seguramente, nunca había recibido. Yo recibía las suyas, llenas de sensatez. Hasta que se sintió conmovida. Entonces me llamó a su lado y me confesó que le resultaba muy difícil romper una relación más antigua.

—Si en verdad me ama por mí —me dijo—, comprenderá que sólo puedo pertenecer a un hombre.

Al cabo de dos meses recibí una carta llena de efusión. Corrí a su casa. Antes, alguien me había revelado un dato previo. El apuesto joven a quien había conocido una noche, en el círculo, acababa de alistarse de spahis.

El verano siguiente había carreras de caballos en Chantilly. La compañía de teatro de la que Aurélie formaba parte daría allí una representación. Una vez en la región, la compañía quedaba a las órdenes del director durante tres días. Me había hecho amigo de aquel hombre, antiguo Dorante de las comedias de Marivaux, primer galán joven durante mucho tiempo y cuyo último éxito había sido la interpretación del papel de amante en aquella obra que imitaba a Schiller y en la que mis prismáticos me lo mostraron tan arrugado. De cerca parecía más joven y, dado que se mantenía delgado, en provincias aún resultaba atractivo. Poseía energía y entusiasmo. Me trasladé con la compañía en calidad de señor poeta y conseguí convencer al director para que se hiciera alguna representación en Dammartin. Al principio, prefería hacerlo en Compiégne; pero Aurélie fue de mi misma opinión. Al día siguiente, mientras se cerraban los tratos con los empresarios y con las autoridades, alquilé dos caballos y Aurélie y yo emprendimos el viaje por el camino de Commelle para ir a almorzar al castillo de la reina Blanca. Vestida de amazona, con sus cabellos rubios al viento, atravesó el bosque como una reina de otra época, y los campesinos, al verla, se quedaban deslumbrados. Madame de R era la única mujer a la que habían visto saludar con tanta gracia y, a la vez, con porte tan mayestático. Después de almorzar, descendimos hasta esas aldeas que tanto recuerdan las de Suiza y cuyos aserraderos mueven las aguas del Nonette. Aquellos parajes, caros a mi recuerdo, le interesaban sin impresionarla. Había planeado llevarla al castillo, cerca de Orry, a la explanada donde vi a Adrienne por primera vez. No demostró ninguna emoción. Entonces se lo conté todo, le confesé el origen de aquel amor entrevisto por las noches, soñado más tarde y realizado finalmente en ella. Me escuchaba con gran seriedad. Luego, me dijo:

Usted no me ama. Espera que le diga: «La actriz y la religiosa son la misma mujer». Persigue un drama, eso es todo, y no encuentra el final adecuado. Váyase, ya no le creo.

Tales palabras fueron como un relámpago. Los extravagantes entusiasmos experimentados durante tanto tiempo, aquellos sueños, aquellas lágrimas, aquellos

desesperos y ternuras... ¿no eran, pues, amor? Entonces, ¿qué era el amor?

Aurélie actuó en Senlis. Creí advertir que sentía cierta inclinación hacia el director de la compañía, el joven galán de las arrugas. Aquel hombre poseía un excelente carácter y le había prestado algunos favores.

Un día, Aurélie me dijo:

—¡Es él quien me ama!



XIV

ÚLTIMA PÁGINA

Ésas son las quimeras que nos fascinan y nos pierden a esa edad que constituye la aurora de la vida. He intentado concretarlas por escrito, sin demasiado orden; pero muchos corazones sabrán comprenderme. Caen las ilusiones, una tras otra, como las cortezas de un fruto, y el fruto es la experiencia. Su sabor es amargo; pero tiene algo acre que fortifica (y que se me perdone este estilo anticuado). Dice Rousseau que el espectáculo de la naturaleza nos consuela de todo. A veces intento volver a encontrar mis bosques de Clarens, perdidos entre las brumas, por el norte de París. ¡Cómo ha cambiado!

¡Ermenonville!, tierra en la que aún florecía el antiguo idilio, traducido de Gessner por segunda vez^[2], perdiste la estrella que para mí titilaba con doble resplandor. Ora rosa, ora azul, como el engañoso astro de Aldebarán, era Adrienne o Sylvie, las dos mitades de un solo amor. Una era el sublime ideal; la otra, la dulce realidad. ¿Qué me importan ahora tus umbrías y tus lagos, e incluso tu desierto? ¡Othys, Montagny, Loisy, pobres aldeas vecinas, Châalis, que están reconstruyendo, no conserváis nada de aquellos tiempos! A veces experimento la necesidad de volver a ver esos parajes de soledad y de ensueño. Y, en mi interior, evoco las fugitivas huellas de una época en que lo natural era afectación; a veces sonrío al leer, en las graníticas laderas, ciertos versos de Roucher que me habían parecido sublimes, o determinadas máximas moralizantes, en una fuente o junto a alguna gruta consagrada a Pan. Los lagos, tan costosamente excavados, en vano muestran sus aguas mortecinas que el cisne desdeña. Pertenecen al pasado aquellos tiempos en que las cacerías de Condé desfilaban con sus orgullosas amazonas, en que los cuernos de caza se contestaban a distancia, multiplicados por el eco... Hoy en día ni siquiera existe un camino directo que conduzca a Ermenonville. A veces voy por Creil y Senlis; otras, por Dammartin.

Nunca se llega a Dammartin antes del anochecer. Entonces pernocto en La Imagen de San Juan. Suelen darme una habitación bastante limpia, decorada con una tapicería antigua y un espejo con cornucopia. Dicha habitación es un postrer regreso al mobiliario viejo restaurado al que he renunciado desde hace mucho tiempo. Se duerme abrigado, con el edredón, según costumbre de la región. Por la mañana, al abrir una ventana, enmarcada por pámpanos y rosas, descubro extasiado un verde horizonte de diez leguas, en el que los álamos se alinean como un ejército. Aquí y allá, algunas aldeas se cobijan bajo sus puntiagudos campanarios construidos, como allí se dice, con huesos de esqueleto. En primer lugar se divisa Othys; después, Eve; luego, Ver. Si tuviera campanario, Ermenonville también se divisaría más allá del bosque, pero en esa filosófica localidad no se han preocupado mucho por la iglesia.

Después de llenarme los pulmones con el aire tan puro que se respira en estas planicies, bajo alegremente y me doy una vuelta por la pastelería.

—¡Hola, Rizadote!

—¿Qué tal, pequeño parisino? Intercambiamos los amistosos golpes de la infancia y luego subo por cierta escalera hasta donde los alegres gritos de dos niños acogen mi llegada. La sonrisa ateniense de Sylvie ilumina sus encantadoras facciones. Pienso:

«Quizá era eso la felicidad, sin embargo...».

A veces la llamo Lolotte y ella me encuentra cierto parecido con Werther, excepto en las pistolas, que han pasado de moda. Mientras Rizadote se ocupa del almuerzo, damos un paseo con los niños por las avenidas de tilos que rodean los restos de las antiguas torres de ladrillo del castillo. Y, cuando los pequeños practican el tiro de los amigos del arco, clavando las paternales flechas en la paja, leemos algunos poemas o algunas páginas de aquellos libros tan breves de antaño que casi han dejado de imprimirse.

Olvidaba decir que el día en que la compañía de teatro de la que Aurélie formaba parte actuó en Dammartin, llevé a Sylvie al espectáculo y le pregunté si no consideraba que la actriz se parecía a alguien a quien había conocido en otra época.

—¿A quién?

—¿Recuerda usted a Adrienne? Soltó una carcajada y dijo:

—¡Qué ocurrencia!

Y luego, como reprochándoselo, añadió con un suspiro:

—¡Pobre Adrienne! Murió en el convento de Saint S., hacia 1832.



Gérard de Nerval (22 de mayo de 1808 – 26 de enero de 1855) era el seudónimo literario del poeta, ensayista y traductor francés Gérard Labrunie, el más esencialmente romántico de los poetas franceses.

Nació en París en 1808. La muerte de su madre, Marie Antoniette Marguerite Laurent, cuando aún era un niño, marcó no sólo su vida sino también su obra. Murió de meningitis en Silesia cuando acompañaba a su marido Etienne, doctor al servicio de la Grande Armée. Fue educado por su tío-abuelo en la campiña de Valois hasta 1814, cuando fue enviado a París. Durante las vacaciones visitaba Valois y escribió su libro Canciones y leyendas de Valois.

En 1826-1827, tradujo del alemán el Fausto, de un modo muy personal (inexacto pero creativo), lo que propició el conocimiento de Friedrich Schiller y Heinrich Heine, con el cual inició una amistad y del que tradujo poemas. Ejerció diversos trabajos: periodista, aprendiz de imprenta, ayudante de notario. Escribió varias obras dramáticas en colaboración con Alexandre Dumas, además de ser gran amigo de Théophile Gautier (con el cual se reunía en el «club de los hachisianos») y Victor Hugo.

En enero de 1834, recibe una herencia de su abuela materna, y se dirige al sur de Francia; pasa la frontera y llega a Florencia, Roma y Nápoles. En 1835, se instala en casa del pintor Camille Rogier, en donde se reúne el grupo romántico, y funda Monde dramatique, revista lujosa en la que gasta todo su dinero; la vende en 1836. Se inicia ahora en el periodismo; está en Bélgica con Gautier durante tres meses; al finalizar el

año, firma por vez primera como «Gérard de Nerval» en Le Figaro.

En 1837, al escribir la ópera cómica Piquillo, conoce a la actriz y cantante Jenny Colon, por la que siente una atracción fatal, y a quien dedica un culto idólatra. Volverá a verla en 1840, antes de su muerte en 1842, que le trastorna. En el verano de 1838, viaja a Alemania, su destino soñado, con Dumas. En noviembre irá a Viena, donde conoce a la pianista Marie Pleyel.

Primera crisis de locura: el 23 de febrero de 1841. Le cuida Marie de Sainte-Colombe, de la casa de salud Sainte-Colombe (fundada en 1785). El día 1 de marzo, Jules Janin publica un artículo necrológico sobre él, en Les Débats (lo que le dolerá mucho). Tiene una segunda crisis el 21 marzo, y le internan en la clínica del doctor Blanche.

A finales de 1842, Nerval va a Oriente, pasando por Alejandría, Cairo, Beirut, Constantinopla, Malta y Nápoles. Los reportajes que hace los publica en 1844, y los reúne en Voyage en Orient (1851)). En Siria estuvo a punto de casarse con la hija de un jeque y en Beirut se enamoró de la muchacha drusa Salerna. Por el norte de África, en El Cairo compró una esclava javanesa. Su salud se vio deteriorada al parecer por estos exóticos viajes.

Sigue luego su continuo peregrinar: entre 1844 y 1847, Nerval viaja a Bélgica, los Países-Bajos, y Londres, donde conoce a Dickens.

En la bohemia parisina se convirtió en una persona extravagante, como partido en dos, escindido de sí mismo: la realidad y el otro lado. Todo esto se refleja en la continua tensión de contrarios que manifiesta su obra. Vive en la miseria, pero escribe sus obras maestras: Les Filles du feu, Aurélia ou le rêve et la vie.

Gérard de Nerval fue durante toda su vida un espíritu atormentado, que en los últimos años de su vida, los más fecundos, sufrió graves trastornos nerviosos, depresión, sonambulismo y esquizofrenia, lo que le llevó a temporadas en varios hospitales psiquiátricos, en donde, lejos de curarse, aumentaba su locura leyendo libros de ocultismo, cábala y magia, pero también escribiendo. Una de las situaciones que provocó su internamiento fue el pasear a una langosta con una cinta azul.

Tales sucesos, unidos a sus problemas económicos, le llevaron a suicidarse ahorcándose de una farola en rue de la Vieille-Lanterne, de París, en 1855. Lo hizo para «librar su alma en la calle más oscura que pudo encontrar».

Este trágico evento inspiró una litografía de Gustave Doré, quizás la mejor de su obra. Está enterrado en el famoso cementerio parisino de Père-Lachaise.

Dejó una obra no muy extensa pero aquilatada y misteriosa que, a pesar de su carácter atormentado, refleja fielmente las inquietudes del alma humana.

Entre sus libros capitales se cuenta Viaje a Oriente (1851); allí relata las leyendas

oídas por los caminos durante sus viajes por Europa (Italia, Inglaterra, Alemania, Austria, Holanda, Bélgica) y norte de África.

Les Illuminés, ou les précurseurs du socialisme (1852), fue una colección de relatos y retratos en la que habla sobre Nicolás Edme Restif de la Bretonne, Cagliostro y otros. *Las hijas del fuego* (1854) es una galería de retratos femeninos en los que invoca el amor.

Aurelia (1855), es un clásico de nuestro tiempo que influyó grandemente a los surrealistas. El autor nos narra aquí su particular viaje vital del brazo de la locura, que es al mismo tiempo la primera mirada moderna a esas profundidades.

En su poemario *Las Quimeras* (1854), contiene el célebre soneto «El Desdichado». En uno de sus últimos poemas, «Epitafio», ya intuyó su inminente muerte:

A ratos vivo alegre igual que un lirón este poeta loco, amador e indolente, y otras veces sombrío cual Clitandro doliente... cierto día una mano llamó a su habitación. ¡Era la muerte! Entonces él suspiró: «Señora, dejadme urdir las rimas de mi último soneto». Después cerró los ojos —acaso un poco inquieto ante el frío enigma— para aguardar su hora... Dicen que fue holgazán, errátil e ilusorio, que dejaba secar la tinta en su escritorio. Lo quiso saber todo y al final nada ha sabido. Y una noche de invierno, cansado de la vida, dejó escapar el alma de la carne podrida y se fue preguntando: ¿Para qué habré venido?

Debajo de un pequeño retrato suyo, Gérard de Nerval escribió: «Je suis l'autre».

Notas

[1] Canción infantil francesa: «Nous n'irons plus au bois / les lauriers sont coupés, / la belle que voilà / ira les ramasser. / Entrez dans la dance, / voyez comme on chante. / Chantez, dancez, / embrassez qui vous voudrez». <<

[2] Salomon Gessner (1730-1788), autor de Idylles, gozó de un notable predicamento entre los autores franceses de finales del siglo XVIII y primera mitad del XIX. Nerval alude aquí al hecho de que el marqués de Girardin se inspiró en Gessner para decorar sus jardines. <<